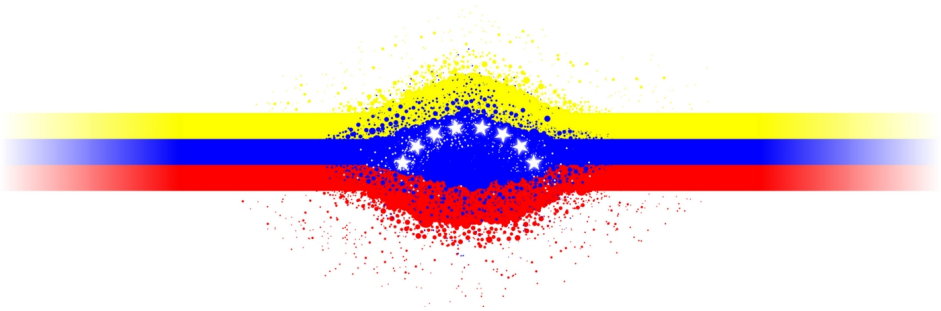
Arriba Venezuela

A. G. E.

ARRIBA VENEZUELA

AGE

HISTORIAS DE UNA LUCHA



Capítulo 1

"Somos Banda"

Tengo 10 años y 2 viviendo con hambre, y 1 rogándole a mamá y papá por comida-bueno, sólo en las mañanas-. Les pido sustento para seguir en pie pero al mirarlos sé que mis plegarias no serán escuchadas. Entonces es cuando me armo de bravura y voy en busca de mis destino-. Dejé mi hogar-, sea cual sea. Voy a parar a una esquina negra, hago trucos para poder recibir papel mágico-sin mucha suerte-. Me dan muchos papeles mágicos pero al momento de canje apenas alcanza para saciar la sed. Pienso que no voy a durar mucho en estas circunstancias. A continuación, descubro una botella de agua situada sobre una jardinera, la voy a beber pero antes me detiene la Comandanta-Lili para los más cercanos- : "No lo bebas" me dice "es veneno". Me explica que las bandas rivales tienden trampas para acabarnos más fácilmente. Comandanta me acoge como su hijo y me lleva a su guarida de luchadores.

Los luchadores son miembros de todas la edades, chicos y grandes, feos y guapos, morenos y uno que otro güero. Todos los miembros me recitan las reglas a coro 1-"Lleva un arma siempre contigo" 2-"En peleas de uno contra uno nadie se meterá" 3-"Cuando uno de nosotros muera se le notificará a su familia" 4-"Siempre compartir" -Esta casi nadie la seguía- 5-"Siempre seguir al líder, no contradecirlo". Grabo bien las reglas y a veces las canto para no olvidarlas. Enseguida marchamos hacia las zonas de luchas-Los basureros donde buscamos comida-. Chacao, la Tía y el cebollas escarban en la apestosas bolsas negras, los demás junto conmigo y la Comandanta servimos de escudos en caso de que los surestes, los cien millas, los trofeos y cualquiera de tantas bandas quieran robarnos lo nuestro-. Ese día por suerte no fue así. Encontramos buena cantidad de tesoros-. Comida- y por primera vez en mucho tiempo me fui a la cama con el estómago lleno.

Capítulo 2

"Con marcha de acero"

Despierto en un mar de lágrimas: mi retoño de un año tiene fiebre y le duele la cabeza-en Venezuela no hay ni paracetamol-. Me llevo las manos a la cabeza y no dejo de llorar. Un enfermo ahora independientemente de la enfermedad, trae consigo la esencia de la muerte. Se que el camino es largo y agotador para poder encontrar el elixir que a mi retoño aliviará,así que no lo pienso, traigo conmigo alimento, bebida y algo de ropa-por si acaso-, aviso en el labor que faltare un par de días a causa de un mal de enfermedad-es común esta situación por lo que no me cuestionan-. Mi bebé en brazos cubierto con un rebozo nos preparamos para la odisea.

El primer paraje es una pequeña farmacia con una fila de individuos casi 30 personas-no es mucho pensé-. Me hago la tonta ilusión de que encontraré lo que necesito. Me formo en la cola y a los pocos segundos el que está enfrente me dice: "Debería de checar qué hay primero antes de formarse". Y me señala una pancarta con lo único disponible. No había nada de lo que necesitaba, así que sin perder el tiempo voy al siguiente. Una tras otra voy preguntando por algo, sin cesar bajo el sofocante calor-que es lo de menos considerando las congregaciones criminales-, la respuesta… no hay nada vuelva mañana. Mi bebé se pone peor: la fiebre le sube como si estuviera en llamas; le doy algo de agua con suero y le cambió la ropa-se apacigua por unas horas-. Me doy cuenta de que es imposible por estos medios conseguirlo.

Voy al mercado negro, inmediatamente encuentro lo que necesito pero el precio que los mercaderes fijan son demasiado altos-30 dólares, equivale a seis meses de sueldo mínimo-, regateo, grito, lloro, suplico,no recibo respuesta positiva. Todo esto mientras mi hijo sufre. Lo oigo quejarse, apenas puede respirar. Cuando puja de dolor yo también lo siento, ese dolor recorre mi cuerpo y perfora mi alma. La última misión caminar por el desierto para llegar al siguiente país; mis rodillas sangran, las piernas arden, me mareo y a veces comienzo a tambalear. Todos los síntomas desaparecen cuando veo a mi hijo sufrir, es como un aliento que me anima a seguir y no doblegarme, así que me dirigo al gran puente. En el trayecto me desvanezco sobre la esquina de una avenida-no había nada de gente-,no sé cuánto tiempo estuve así. Desperté cuando un hombre y una mujer me brindaron auxilio, me llevaron a su casa que estaba a un unas cuadras. Llegando volví a desmayarme. Horas después desperté agitada, me paro en furia y comienzo a buscar a mi bebé, salgo de la habitación y de inmediato me recibe la muchacha que me auxilió. "No te preocupes, tu hijo está bien ahora" me dice, en efecto, mientras yo estaba

dormida ellos atendieron a mi bebé. Nos dan cobijo esa noche, ya al otro día me despiden y me regalen medicamento. “Toma para tu bebé” Les doy un abrazo y me despido. A lo lejos me gritan “Es un bebé hermoso”, volteo a ver a mí querido hijo: ya no tiene fiebre, no tose, ni llora, me mira… Me sonríe….

Capítulo 3

"Esquivando balas"

"Cuándo saldremos de aquí" Es lo que le pregunto a mí esposo nerviosa. Él se contiene y sólo se limita a mirarme fijamente con el semblante seco. Estamos en un escondrijo improvisado-la guardia venezolana quiere matar a mí esposos por ser opositor al régimen-, con suministros y escasa agua. Duermo intranquila desde entonces-bueno en realidad desde siempre-. Una vez la Guardia entró a nuestro complejo residencial mientras mi esposos, su hermana y amigos simpatizantes estábamos planeando la siguiente Marcha por el porvenir: Escuchamos fuertes golpes en la planta baja, vidrios romperse y estruendos de balas-. Siempre supimos que algún día vendrían por nosotros pero no tan pronto-. Mi suegra es la primera en reaccionar: nos lleva a su sótano pero ella regresa para evitar sospechas y darnos. Desde allí podemos escuchar las voces la Guardia amenazando, rompiendo y, a veces, disparando-. Creo que para intimidar-. Esperamos cerca de dos días en el sótano hasta cesarán las voces.
Subimos suave y despacio sobre escombros de nuestra antigua morada, "vamos al coche" dice mi esposo señalando la camioneta-está intacta-. Exploramos para ver que no haya más Guardianes. A continuación, salimos vuelto furia en la camioneta que por suerte estaba casi intacta. Mis compatriotas están en la parte trasera, mí marido y yo en la delantera,cada quien se ocupa de supervisar los alrededores.

A lo lejos un grupo de Guardianes comienza a dispararnos por lo que mi esposo cruza media jungla de calles laberínticas de la Caracas; apenas logró evitarlos en la lluvia de balas zumbantes. Sin embargo, mi compañero Pedro, Lalo y Rebecca son atravesados por proyectiles; instantes después mueren. Los que quedamos nos refugiamos en un hospital, camuflados entre el mar de enfermos. La tranquilidad duró poco: en la noche un grupo de asalto irrumpe en el hospital. De nuevo tenemos que escapar de entre el mar de balas, a mi prima una bala le atraviesa la pierna, rápido voy a ayudarla pero antes es acribillada, así que, mi esposo me toma y me tapa los ojos pero es tarda, la escena queda ha quedado guardada en mi ser-Carmen bañada de sangre, con sus ojos de tristeza mirándome-. Ese día apenas logramos escapar-me digo a mí misma: tienes un ángel guardián.

Lorenzo, Alma, mi esposo y yo fuimos a parar a un fraccionamiento residencial-más bien los escombros de un fraccionamiento, ya que era sitio de la resistencia, apenas formada-. Nos enteramos en la noche que arribarán los guardianes, yo y mi esposo nos retiramos a buscar refugio pero Lorenzo y Alma reflexionan y se quedan. En el camino nos topamos con el embajador de México; él acepta situarnos como refugiados políticos. Ya en el avión miro por la ventana la tierra que me vió nacer, se mira tan calmada, tan verde y viva. Nadie pensaría que agoniza y que su alma ha sido arrebatada por unos cuanto tiranos. Me hago la promesa: regresaré por ti y...

Capítulo 4

"Pasando entre murallas"

Después de enfrentarme al monstruo del hambre y saciar-aunque sea por unas horas-la de mi querida hija, como soldado le hago frente a aquellos acorazados que intentan sofocarnos con desmedida violencia. Aunque no tengo armas -ni mis compañeros de lucha- tenemos un gran corazón de fuego y sangre huele a libertad.

Desarrollamos el plan antes de salir a combatir, los de enfrente con escudos de querubines, los de enmedio con sonoros exigiendo justicia y los de atrás resguardando a los heridos-algunas veces recogiendo a los muertos-. Después nos vamos a parar en el campo de batalla-siempre es en los grandes caminos de mi ciudad-, sedientos y cansados como siempre. No nos da miedo… pero cuando nos retiramos es por cansancio.

Veo a los acorazados venir furiosos, dispuestos a matar-como siempre-, le pido a mi compañero que me cubra. Estoy lanzando cohetes fecales, mis compañeros en la retaguardia contrarrestan los ataques de los hombres acorazados; la lluvia no cesa y a nosotros se nos acaba el tiempo. A mis espaldas me gritan "¡Cuidado!". No logro escuchar a tiempo. Súbitamente un grupo de acorazados logra rodearnos junto y a otro grupo de tres jóvenes preparatorianos-menores de edad-. Vienen hacia nosotros retumbando contra el suelo sus cachiporras, lanzandonos miradas fulminantes; el odio se vislumbra en sus ojos. Entretanto nosotros nos apretujamos de las manos. Uno de ellos lanza al aire un golpe e inmediatamente sus compañeros lo siguen. Nos golpean tan fuerte que nuestra sangre salpica a los acorazados de hasta atrás que no pueden golpearnos por la multitud encimada. Siento las cabezas de mis compañeros rebotar en mi espalda, comienzo a perder el sentido, mi cabeza palpita y caigo de rodillas-. Es mi fin pensé-. Una chica me sostiene y me vuelve de pie,-no recuerdo muy bien cómo era sólo que… me parecía extraordinariamente hermosa-, hago un último esfuerzo para seguir de pie.

Al acorazado que tenía frente a mí le cae una gran roca que lo manda al suelo de golpe. Es ahí cuando los refuerzos llegan disparando el arsenal: bombas fecales,grandes rocas, petardos de dinero a esencia de nuestros cuerpos. Nos dan oportunidad para poder escapar para poder escapar; a empellones recorremos y nos abrimos paso entre los acorazados. Cuando logramos hacer un hueco nos auxilian y nos llevan de inmediato al

hospital. Estoy resguardado en el hospital junto con mis otros compañeros igual golpeados, en camas improvisadas-algo común-, a excepción de la chica que aquella vez me salvó. Pregunto por ella; la respuesta fue tajante y abrumadora: “Está muerta, no logró escabullirse”. Mi fuerza se desvanece, pierdo la respiración, la esperanza se esfuma de mí. Mi ánimo no cambió después de recuperarme hasta que conozco a la madre de aquella muchacha. Resultó ser una joven con grandes aspiraciones: Miss Venezuela. Si ella se paró allá porque yo no habría de hacerlo-dije para mis adentros.

Estoy preparando el desayuno para mí hija y yo-Desayuno austero como siempre-, le doy las buenas bendiciones a mí hija y me despido. Me preparo de nuevo para luchar; mis botas, chaleco y bandera venezolana me acompañan...